

Camilo Irizo - Se suele definir a Castillo como compositor de transvanguardia. ¿Es esta una definición que se le puede aplicar con cierta tranquilidad?

Juan Rodríguez Romero.- Manuel Castillo nunca quiso que se le señalara en ningún grupo. Era libre con gran formación clásica y conocedor de todas las técnicas compositivas. Quería avanzar en el progresismo sin aceptar la vanguardia esnobista. La transvanguardia que señalan algunos musicólogos puede ser un nombre genérico no definible en música. Este grupo que nació en Italia con pintores expresionistas, podría quizás aplicarse a algunas obras de la última época de Castillo.

C. I. -No da la impresión, ciertamente, de haber sido uno de los compositores más valorados de su generación, o al menos de los más conocidos.

J. R. R. - En el mundo de la Música profesional serio y responsable, sin lugar a dudas, ha sido siempre considerado como uno de los más formados y conocedores de las múltiples técnicas de la composición. Sus palabras y consejos eran considerados sin reservas.

C. I. -¿Cuánto de su personalidad influyó en todo esto?

J. R. R. -Su personalidad era afectiva y generosa con cada uno de sus alumnos. Respetaba la personalidad de cada uno, y los orientaba según sus actitudes y tendencias, sin imponerles nada.

C. I. -El hecho de permanecer en Sevilla durante toda su vida no podemos decir que beneficiara en exceso a sus posibilidades como compositor. Pero ¿qué le hizo permanecer fiel a su tierra a pesar de todo?

J. R. R. -Su sentido de fidelidad a todo y a todos se hacía también patente en permanecer siempre fiel a su tierra natal: Sevilla. Estaba convencido que aquí había gentes con talento que podrían seguir adelante con su ayuda. De hecho, nos aconsejaba trasladarnos al extranjero a ampliar estudios, pues, así, se abriría el horizonte de las ideas, el conocimiento y la tolerancia. El modo de quitar cualquier complejo, y una mejor valoración de lo propio. Por otra parte, su timidez le alejaba de los grandes bullicios y lugares en donde se cuecen las influencias y la política barata. También, sin embargo, estaba convencido de que la calidad, si la hay, siempre permanece y se puede demostrar continuamente sin que importe el lugar donde se viva.

C. I. -Él mismo declara que sus obras comienzan bajo el poderoso influjo de Falla, Turina y Albéniz, aunque pronto supere este estadio. Pero a pesar de todo ¿Permanece ese substrato inherente en toda su producción?

J. R. R. -Sus comienzos fueron influenciados por estos compositores y el nacionalismo popular tardío. Era la moda, y, para colmo, se fue a estudiar a París, ciudad justamente donde Falla, Albéniz y Turina vivieron y estudiaron.

Necesariamente tenía que notarse tal influencia. Luego evolucionó en su lenguaje, sin renunciar a este espíritu. Solo utilizaba diferente traje sonoro, más acorde con los tiempos.

C. I. -Se le tacha a veces de conservador, aunque él mismo confiesa no querer cerrar los ojos al futuro.

J. R. R. -Su forma de escribir, elegante y clara, supone la apariencia de no pertenecer a la vanguardia, ya que él no empleaba los signos de escribir experimentales y tan diferentes en tantas obras. Cuando analizaba estas, decía que parecían complicadas a la vista, pero podría haberse escrito lo mismo en escritura tradicional. La realidad demuestra que esto no es sustancial a la música.

C. I. -Este no querer romper con el pasado ¿piensa que ha sido uno de los elementos que le impidieron una mayor presencia en ciertas tribunas españolas y europeas?

J. R. R. -Creo que al contrario. Siempre fue admirado, respetado y reconocido en los ambientes a los que llegaba. Puedo confirmarlo personalmente, puesto que he llevado continuamente sus obras como baluarte y corroboraba esta opinión por parte de expertos de la música.

C. I. -En lo que sin duda coinciden todos los que le conocieron fue una gran humanidad y en su espíritu abierto y dialogante.

J. R. R. -Esto es indudable desde el primer momento en que se le trataba. Junto a él se experimentaba una seguridad y amparo. Se apreciaba su voluntad desinteresada de ayudar a los demás en cualquier problema, lo que se traducía en el ánimo y en deseos de trabajar y vivir con la música.

C. I. -¿Es casualidad que sus numerosos alumnos hayan elegido opciones tan divergentes los unos de los otro?

J. R. R. -Precisamente porque él estaba convencido de que la composición no se puede enseñar. Se nace con ella o no. Por eso, buscaba en cada en cada alumno el modo de encauzar sus propias cualidades y tendencias.

C. I. -Por último ¿Qué le dio la música al maestro?

J. R. R. -Creo que para él la Música significaba todo en su vida. Vivió de la música y con la música. Su intimidad personal, el modo de expresarse consigo mismo. Quería ser tan sincero que esta le expresaba con claridad y crudeza su posible atormentada vida interior. De esa dura realidad era para él muy difícil alejarse. Posiblemente fue causante en gran manera de esa terrible enfermedad que padeció en los últimos años.

Luego, por supuesto, su valía personal le dio fama y reconocimiento en los ambientes sociales.

Entrevista: Juan Rodríguez Romero

Sirva solo una breve pasada por su currículum: Catedrático, Académico, múltiples Premios Nacionales e Internacionales, Hijo Predilecto de Andalucía, importantes encargos de obras, etc.

Pero, donde él se encontraba a gusto, era entre sus amigos, entre los que afortunadamente me encuentro, y, naturalmente, a él queríamos siempre corresponderle, con nuestra admiración, cariño y agradecimiento en su ámbito más grande y sincero. Ahora, su recuerdo duradero está presente en nuestras vidas y quehaceres diarios en pro de la Música, y en nuestra comunicación con la sociedad.